

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 30 DE OCTUBRE DE 1882.

NÚM. 40.

SUMARIO.

1 á 6. Trajes para niñas y niños.—7. Mitad de un velo de acerico.—8 y 9. Dos entredoses bordados.—10 y 11. Dos ceñefas de pasamanería.—12 y 13. Dos flecos para abrigos.—14. Camisa-peinador.—15. Franja para adornos de vestidos.—16 y 17. Chaqué Banco.—18. Visita de paño sol.—19. Cuello con chorrera.—20. Lazo de corbata.—21 y 22. Traje de recibir ó de visita.—23. Traje de *soirée*.—24 y 25. Vestido de seda negra.—26. Visita Zulma.—27. Visita elegante.—28 y 29. Chaqueta cazador.—30 y 31. Abrigo de viaje.—32 y 33. Vestido de raso heliotropo.—34 y 35. Traje para señoritas.

Explicacion de los grabados.—El Día de los Muertos, por don Patricio Estévez.—El Traje usado, por D. Eduardo Lopez Bago.—Poesías; Fe, por D.^a Camelia Cocina de Llansó; A Santa Teresa de Jesus, por D. Cándido R. Pinilla.—Las Alas rotas, por D. José Ramon Mérida.—Revista de Modas, por V. de Castelfido.—Juan Lacon, por R. Hernandez y Bermudez.—Explicacion del figurin iluminado.—Sueltos.—Advertencia.

Trajes para niñas y niños. Núms. 1 á 6.

Núm. 1. Traje para niñas de 10 á 12 años.—Este traje, que es de cachemir de la India, azul, se compone de falda plegada y de una polonesa abrochada, recta por delante y recogida en forma de *paniers* en las caderas. Por detras se la ajusta frunciéndola en el talle, y las dos partes de la espalda se anudan y se prolongan, y van guarnecidas en sus extremos con un volante de encaje. Un fichú grande de encaje cubre los hombros.

Núm. 2. Traje para señoritas de 13 á 15 años.—Es de terciopelo liso y terciopelo labrado. La levita, que es muy ajustada, se entreabre en el pecho sobre un peto de terciopelo labrado y se abrocha por me-



1.—Traje para niñas de 10 á 12 años. 2.—Traje para señoritas de 13 á 15 años. 3.—Traje para niñas de 5 á 6 años. 4.—Traje para niñas de 8 años. 5.—Traje para niñas de 7 años. 6.—Traje para niños de 6 años.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

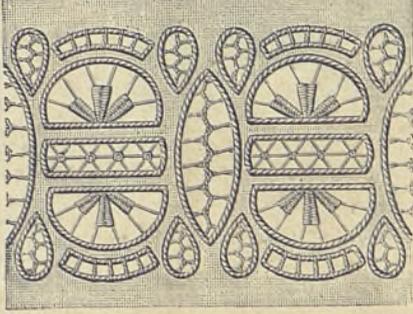
dio de dos hileras de botones reunidas con un cordón doble. La falda, plegada, que es de terciopelo labrado, va guarnecida en su base de un rizado y un volante plegado.

Núm. 3. *Traje para niñas de 5 á 6 años.*—La casaca, que es de paño verde oscuro, lleva una aldeta en punta redonda por delante, y for-

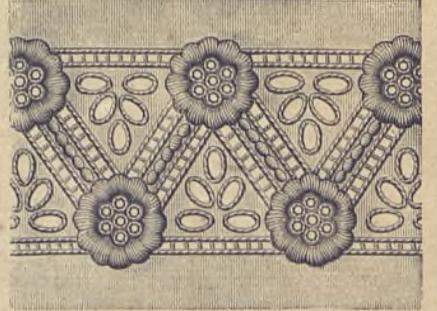


Mitad de un velo de acerico. Núm. 7. (Bordado al punto de España.)

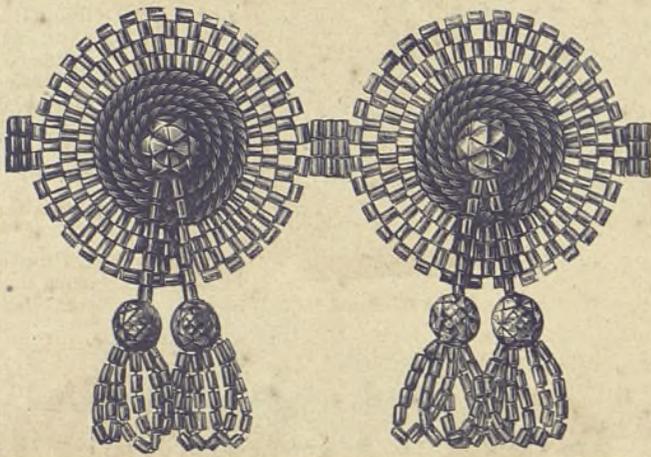
Se borda este velo al punto de España, con hilo de oro sobre cañamazo crudo muy fino. El resto del bordado se ejecuta con lentejuelas de oro de varias dimensiones y sedas de coser, muy finas, de varios colores apagados. Se



8.—Entredos bordado.



9.—Entredos bordado.

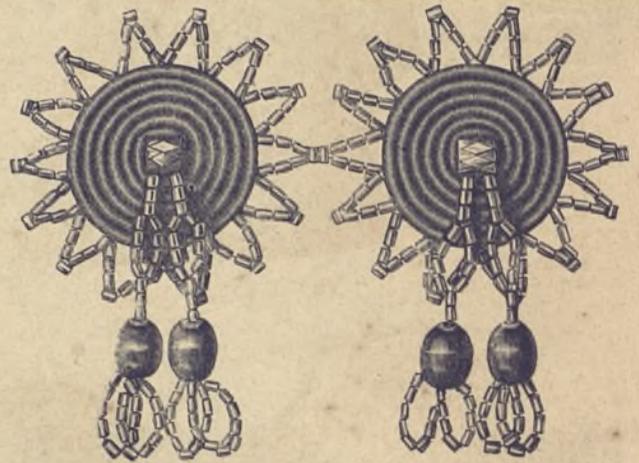


10.—Cenefa de pasamanería bordada de cuentas.

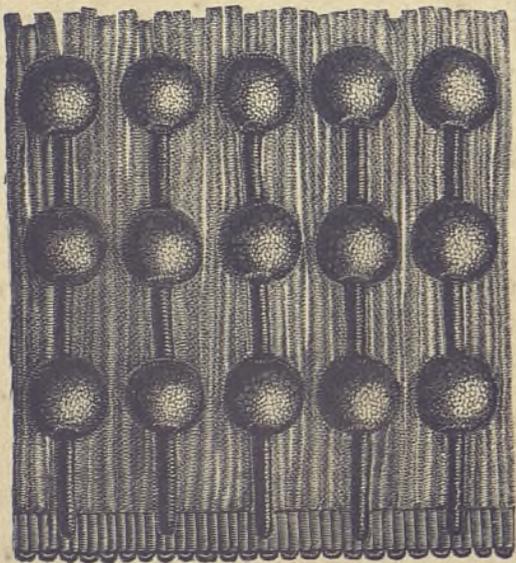
7.—Mitad de un velo de acerico.

falda va adornada con un bullon y un encañado.

Núm. 6. *Traje para niños de 6 años.*—Este traje es de paño marron. El chaqué lleva aldetas añadidas, con bolsillos en los costados. El pantalón ahueca un poco y se abrocha por debajo de las rodillas. Medias listadas; botinas de paño.



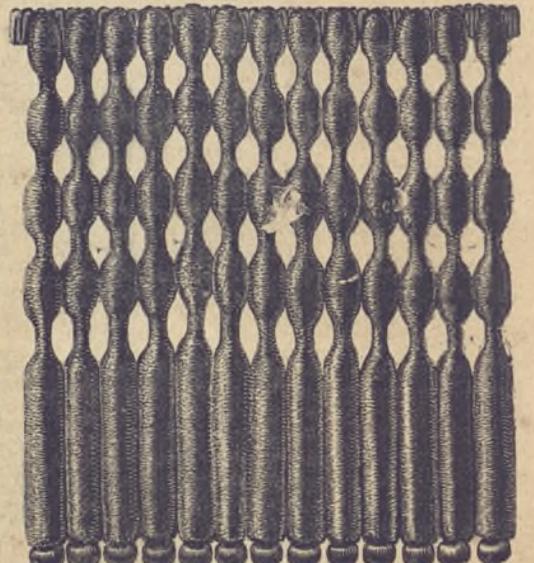
11.—Cenefa de pasamanería bordada de cuentas.



12.—Fleco para abrigos.



14.—Camisa-peinador.



13.—Fleco para abrigos.

ma por detras un postillon. La falda, que es de tela escocesa, va plegada. Medias de color listadas. Botines de paño verde.

Núm. 4. *Traje para niñas de 8 años.*—Vestido de cachemir, faya y terciopelo. La chaqueta, redonda, se abre sobre un delantero completamente fruncido y va guarnecida de un cuello grande de terciopelo cuadrado. El vestido de debajo, al cual va unido el delantero, fruncido, va plegado á todo el redor.

Núm. 5. *Traje para niñas de 7 años.*—Vestido de raso color ciuella y faya verde agua. Este vestido princesa va escotado en cuadro sobre una camiseta plegada y guarnecida de trencilla. La



15.—Franja para adornos de vestidos (bordado de trencilla).

pasa el dibujo al cañamazo y se trazan los contornos con seda. Los contornos de las diversas partes del dibujo van cubiertos de una hebra doble de hilillo de oro, fijada con un feston, que se hace con sedas de varios colores. Segun las indicaciones del dibujo, se dispone la hebra de hilillo de oro en forma de presillas. Para el contorno de los arabescos, que salen del centro, se toma seda de color de aceituna, y para el espacio que media entre estos arabescos, y para el centro, se emplea toda de color de bronce. Las flores van hechas con seda azul y seda de color de heliotropo, y el contorno, con seda color de oro antiguo. El interior de las diferen-

tes partes del dibujo se ejecuta al pasado entrelazado y al punto ruso, con seda del mismo color de los puntos del feston de los contornos. Se fijan luego las lentejuelas, como indica el dibujo, y se recorta el cañamazo por fuera de los contornos.

Dos entredoses bordados.—Núms. 8 y 9.

Se bordan estos entredoses sobre tela, percal, nansuc, batista ó muse-lina, al plumetis, feston, punto de cordoncillo, puntos de encaje y barretas, bajo las cuales se recorta la tela.

Dos cenefas de pasamanería. Núms. 10 y 11.

Estas cenefas se componen de rosáceas que se reúnen y que se pueden emplear igualmente separadas para disponerlas sobre un encaje.

Las rosáceas de la cenefa núm. 10 van hechas con un cordón redondo de seda, dispuesto en forma de caracol. Su contorno va adornado con dientes ó puntas de cuentas de azabache. En el centro de cada una de las rosáceas se fija una cuenta de azabache, terminada en unos colgan-



16.—Chaqué Banco. Espalda.



18.—Visita de paño sol.



17.—Chaqué Banco. Delantero.

Camisa-peinador.—Núm. 14.

Es de batista blanca ó estampada, y va adornada con una esclavina larga y carteras en las mangas, guarnecidas de encaje de Módena, así como la esclavina. Una cinta de raso de un color vivo, pasada por unos ojales, forma el cinturón.

Franja para adornos de vestidos.—Núm. 15.

(Bordado de trencilla.)

Para ejecutar esta franja, se pasan á la tela los contornos del dibujo, que se bordan con una trencilla fina, de seda ó de lana.

Chaqué Banco. Núms. 16 y 17.

Este chaqué es de paño color bronce y va bordado de trencilla plana. Aldetas añadidas. El peto va guarnecido de dos hileras de botones. La espalda y las mangas van adornadas de bordados de trencilla. En este mismo número y en los anteriores hemos dado varios dibujos para bordar de trencilla.

Visita de paño sol.—Núm. 18.

Puede hacerse también esta visita de



19.—Cuello con chorrera.

tes también de azabache.

Núm. 11. Las rosáceas de esta cenefa se hacen también con un cordón redondo de seda negra. Su contorno va adornado con varias hileras de cuentas de azabache, dispuestas como indica el dibujo. En el centro se fija una cuenta gruesa de azabache, terminada en dos bolas, también de cuentas.

Dos flecos para abrigos. Núms. 12 y 13.

Núm. 12. Este fleco, que es de felpilla color de núa, va adornado á intervalos iguales con bolas de felpilla color núa sombreada.

Núm. 13. Se compone este fleco, como indica el dibujo, de hebras de felpilla torcida, terminadas en cascabeles.



21.—Traje de recibir ó de visita. Espalda.

23.—Traje de soirée.

22.—Traje de recibir ó de visita. Delantero.



20.—Lazo de corbata.

raso liso algodónado. Nuestro modelo va adornado con bordados de cordoncillo, pasado y cuentas, y guarnecido de una cenefa de plumas.

Cuello con chorrera. Núm. 19.

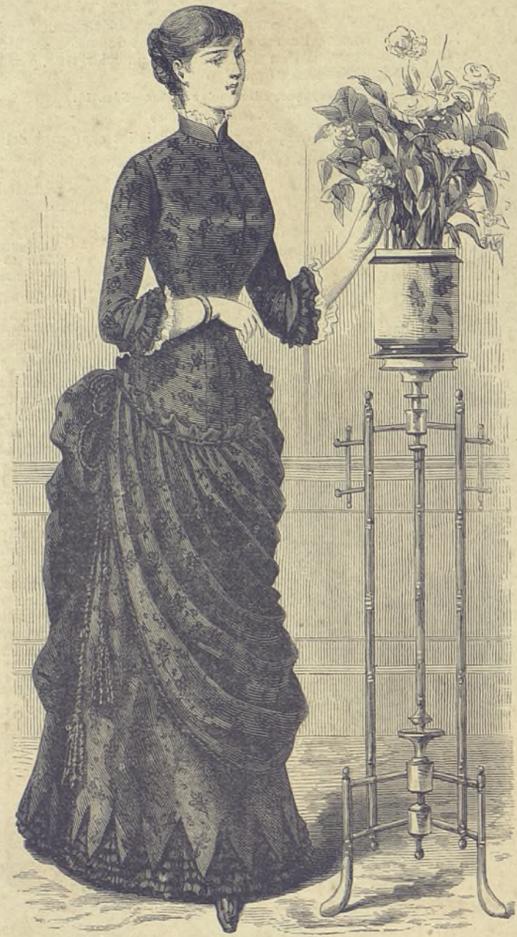
Este elegante adorno es de bordado fino, y puede llevarse para vestir.

Lazo de corbata. Núm. 20.

Forma chorrera y se compone de cintas de color pálido, de un tableado adornado de encaje, y de un ramo de flores.

Traje de recibir ó de visita. Núms. 21 y 22.

Vestido de raso ó de lanilla marrón, con adornos de guipur. Falda tableada. Levita plegada por detras y rodeada de guipur. Los pliegues de la falda van alternados por delante con tiras de guipur. Corpiño alto con aldetas añadidas formando los faldones de la levita. Cuello y carteras de guipur. Lazo grande de moaré en la cintura, por detras.



24.—Vestido de seda negra. Delantero.



26.—Visita Zulma.



28 y 29.—Chaqueta cazador. Espalda y delantero.



27.—Visita elegante.



25.—Vestido de seda negra. Espalda.



30.—Abrigo de viaje. Espalda.



32.—Vestido de raso heliotropo. Delantero.



34 y 35.—Traje para señoritas. Delantero y espalda.



33.—Vestido de raso heliotropo. Espalda.



31.—Abrigo de viaje. Delantero.

Traje de soirée.—Núm. 23.

Este traje es de raso *surah* azul celeste, tul y encaje blanco. Falda con volantes de *surah* y raso. Por detras, pliegue triple de raso, rodeado de encaje en forma de conchas. *Paniers* de tul. Corpiño escotado y *paniers* de raso. Camisolin y mangas de tul y encaje.

Vestido de seda negra.—Núms. 24 y 25.

Este vestido es de seda negra lisa y brochada. Falda dentada de tela brochada, que cae sobre un bajo de falda compuesto de volantitos de seda lisa. Sobrefalda recogida y ribeteada de un cordón grueso, que se anuda en la cadera. Corpiño alto, con cuello recto liso. Mangas semilargas, con volantitos lisos en el borde.

Visita Zulma.—Núm. 26.

Es de damasco de seda y va guarnecida de felpa con bucles de felpilla. Guarnicion de plumas en el cuello y en las mangas.

Visita elegante.—Núm. 27.

Es de *matelassé* de seda y va guarnecida de una cenefa de plumas, que rodea todo el abrigo. Adorno de pasamanería en la espalda, más abajo de la cintura.

Chaqueta cazador.—Núms. 28 y 29.

Es de paño color de nùtria y va guarnecida de cordones negros. La chaqueta es alta, con cuellecito recto y aldetas almenadas y ribeteadas de varias hileras de trencilla. Mangas largas y ajustadas, con adornos de trencilla.

Abrigo de viaje.—Núms. 30 y 31.

Se le hace de lana de mezclilla ó de paño liso de color claro, y se le adorna en el cuello y en las mangas con terciopelo del mismo color. El paño de detras va recogido en forma de *pouf*.

Vestido de raso heliotropo.—Núms. 32 y 33.

Este vestido se compone de raso heliotropo oscuro, lana negra y brocado negro. El bajo de la falda consiste en tableados negros. Falda de raso con dos hileras de fruncidos, almenada por abajo y ajaretada por arriba. *Paniers* fruncidos de lanilla, adornados con un lazo en el costado. Corpiño en punta, de brocado, con adornos de azabache en el borde inferior y en las mangas. Guarnicion de encaje negro en forma de chorrera.

Traje para señoritas.—Núms. 34 y 35.

Falda de lana *beige* y corpiño de paño azul marino. La falda es redonda y va plegada á lo largo. Sobrefalda igual, ribeteada de pespuntos. Corpiño alto, con aldetas almenadas, bordado de trencilla. Mangas largas y ajustadas.

EL DIA DE LOS MUERTOS.

NAY un dia en el año en que todos somos creyentes, ó mejor dicho, en que todos estamos de acuerdo, por más que en religion pensemos de distinta manera y practiquemos diferente culto; que en filosofia sigamos opuesta escuela; que en política seamos encarnizados enemigos.

Lo mismo el hombre civilizado que el indio salvaje; lo mismo el habitante de la vieja Europa que el de la joven América y el del Africa inexplorada; lo mismo el que vive entre el lujo y la opulencia de las grandes ciudades ó aspirando el ambiente perfumado de espléndidos palacios, que el que mora en la humilde cabaña de ignorada aldea ó se guarece en miserable cueva; el rico y el pobre; el sabio y el ignorante; todos dedicamos un dia á llorar ó á bendecir la memoria de los muertos.

Ridículo ó pueril considerarán algunos este llanto ó esta manifestacion exterior de un sentimiento, que parecerá convencional, porque al corazón no se le manda y no puede señalársele un dia determinado. Pero es lo cierto que los mismos que tal dicen son quizás los primeros que, olvidándose pronto de que han perdido el padre á quien deben el nombre y la vida, de la madre que los llevó en su seno, que aspiró en un beso indefinible su primer aliento, que gustosa hubiera dado hasta su propia vida por evitarles el pesar más insignificante; del hermano cariñoso con quien compartió la cuna y que hacía súyas sus penas y sus alegrías; de la esposa amante que dejó huérfano y frío el lecho conyugal para que lo profanara, tal vez, infame concubina ó mercenaria prostituta; del amigo tierno á quien se debe el cariño más sincero y más desinteresado, por lo mismo que nace espontáneamente, y se nutre y crece al calor de esa simpatía misteriosa é incomprendible que nos atrae con fuerza irresistible y nos lleva gustosos á los mayores sacrificios; todos éstos, en fin, son los primeros que, cuando llega el dia que hemos *convenido* en dedicar á los muertos, se acuerdan de los suyos, traen á la memoria todos los episodios y los detalles todos de la vida de los seres que ya no existen, y si no depositan una corona en su sepultura, ignorada tal vez, en el recogimiento del hogar vierten una lágrima, elevan al cielo una plegaria, ó se sobrecogen si el lúgubre tañido de la campana llama y despierta á su atrofiada conciencia, que inevitablemente les remuerde, y hay, siquiera sea momentáneo, verdadero arrepentimiento.

Claro es que el hombre de puros sentimientos, el hombre verdaderamente honrado, el *creyente*, como dirán algunos, no necesita que se le señale un dia determinado para que vierta una lágrima á la memoria de los seres que le fueron queridos; pero si los que los olvidan tienen que recordarlos y llorarlos en un momento dado, los que siempre los llevan en la memoria tienen que sentir vibrar con más fuerza en ese momento las fibras todas de su alma.

Toda exagerada manifestacion exterior de un sentimiento cualquiera le hace perder la mayor parte de su mérito, pues autoriza la duda respecto á su sinceridad, y así es que nos parece tan repugnante ver un cementerio, el dia de los muertos, convertido en paseo, en punto de reunion ó de cita de gente desocupada, ó en lugar de distraccion ó de

fiesta, como censurable que la moda haya llevado hasta la triste mansion de la muerte su influjo y sus exigencias, convirtiendo las tumbas en bazares de objetos de lujo, de cintas y de lazos, de flores y de inscripciones ridiculas; pero al mismo tiempo, no creemos que haya corazón tan duro, que no palpite conmovido, ni ojos tan secos, que no viertan lágrimas al contemplar á la niña que, recogida y llorosa, deposita sobre la tumba de su padre la corona de siemprevivas, como prenda de inextinguible amor filial, ó encienda piadosa lámpara, cuya luz creará, acaso, que pueda guiarle á la mansion eterna; ó á la madre, ó á la viuda, que, reclinadas sobre el frío mármol, derramen ardientes lágrimas, con cuyo calor quieran como dar vida á los deshechos restos del hijo de su alma ó del esposo amado.

Todos los sentimientos se comunican y llegan á ser contagiosos, y ante este de que nos ocupamos se olvidan todas las creencias, se borran todas las opiniones, desaparecen todas las diferencias, para dejar lugar á un solo sentimiento y unir todos los corazones en una sola aspiracion: que lleguen al cielo nuestras plegarias, purificadas por nuestras lágrimas y santificadas con nuestros suspiros.

PATRICIO ESTÉVANEZ.

Santa Cruz de Tenerife.

EL TRAJE USADO.

AQUELLA noche mi resolucion estaba tomada. Durante el dia me ocurrió una serie de contrariedades, que contribuyeron á acabar con mi paciencia.

Por la mañana encontré á un amigo, que improvisó en mi obsequio una miopía para no saludarme.

Entré despues en un café, y el mozo me pidió que le pagase los dos reales de consumo por adelantado.

Quise tomar un coche, y el cochero me dijo que buscara otra berlina, porque en la suya estaba prohibida la entrada á los suicidas.

Un cesante, á quien no conozco, me tendió la mano y me dijo: «Adios, compañero.»

Al llegar á la casa de huéspedes, la pupilera me recordó que estábamos á cuatro del mes y que ninguna luna tenía treinta y cuatro cuartos como las pesetas.

Encontré sobre la mesa una invitacion para acudir á una tertulia de confianza, y tuve que renunciar, porque mi traje no inspiraba confianza á ningun vecino honrado.

—Decididamente—pensé—esto no puede continuar así. Mañana me compro un traje.

Y me dormí. Mi sueño fué una pesadilla horrible.

La levita, el pantalon y el chaleco que yo habia dejado encima de una silla, al lado de la cama, me pareció que se agitaban como si debajo de estas malhadadas prendas se hubiera quedado el gato y pretendiese salir.

Luégo el traje entero se colocó delante de mí, aterrándome aquello, que semejava un maniquí de sastrería, de esos que no tienen piés ni cabeza.

Extendióse la manga derecha de la levita, y el pantalon dobló la rodillera, quedándose el traje en la actitud del gladiador antiguo.

—Pido la palabra—dijo la levita, sin abandonar su ademán de amenaza.

—La tiene su señoría—respondí yo; más muerto que vivo.

—He pedido la palabra, ingrato mortal, para hablarte en nombre de mis dos compañeros, justamente indignados, como yo lo estoy, por los viles pensamientos que te asedian y que nos ha comunicado en secreto tu sombrero de copa, nuestro vecino de la buhardilla—y señalaba á la percha donde estaba colgado.—Por él hemos sabido que tienes el propósito de relegarnos al olvido.

—Estais muy viejos, y la vejez necesita el descanso—me atreví á objetar con mucho respeto.

Las botas se echaron á reir, cortándose la palabra.

—¡Conque, es cierto!—exclamó furiosa mi interlocutora.—¿Conque, has decretado nuestra muerte? ¡Ah, señores! (y en este punto las dos mangas se pusieron en cruz, como si tuvieran dentro los brazos de Castelar), la historia no registra en sus páginas brillantes, espejo fiel de las pasadas edades, ejemplo igual al triste ejemplo que hoy me obliga á levantar mi conturbado acento entre vosotros.

Una vanidad ridicula, un temor al *qué dirán*, indigno de toda naturaleza superior, nos sacrifica. Hemos servido á un ente vulgar; hemos gastado nuestra juventud estérilmente. Y tú, hombre inicuo, ¿has olvidado ya la conmovedora cuenta de los servicios prestados por nosotros, los lazos de cariño que ligan para siempre nuestras vidas? ¿Es posible que el hombre, obra de Dios, sea más imperfecto que yo, obra del sastre? *Remember.....*

—No me hables en inglés. El inglés de las levitas me produce intentos de fuga y de descabello.

—Pues bien, acuérdate de lo que nos debes, ya que no te acuerdas de lo que le debes al sastre; acuérdate de que nosotros hemos ido contigo á todas partes y hemos compartido tus alegrías y tristezas. Escucha..... y tiembla.

Nos estrenaste en domingo, siguiendo tus instintos cursis, y aquel dia, ese pantalon, que ahora enmudece, bastándole su presencia acusadora para confundirte, ese pantalon fué el que te sirvió para arrodillarte en el templo durante la misa; con él ibas tambien cuando te persiguió un ratero, debiendo tu salvacion á la agilidad de las piernas; con él penetrabas en casa del editor, aquel que pagaba siempre en cuartos, y en sus bolsillos echabas el peso de tu trabajo retribuido. Esas manchas de café te deben recordar tus diálogos con aquella muchacha, una señorita de Chamberí, muy aficionada al amor y á las tostadas de abajo.

Levanta ahora la vista y mira el chaleco, esa otra víctima de tu ingratitud. En el bolsillo del lado izquierdo llevabas el reloj, que es como si llevaras el tiempo encadenado á tu albedrío. En el que está encima iban los lentes, ¡oh miope despreciable! los lentes, que te permitian distinguir desde

léjos la cara de tus acreedores, leer el número de la casa donde vivia tu novia, huir de la madre que te hablaba de matrimonio, y no confundir á ningun crítico con un autor dramático ó un novelista.

De propósito he querido hablar en último término de mis méritos y servicios. Yo te he abrigado en invierno. Me debes la vida, tú, que tan propenso eres á la pulmonía. Yo he sentido los latidos de tu corazón, y en mis bolsillos encontrabas siempre el pañuelo para enjugar tus lágrimas; la petaca, que te ofrecia cigarros para acompañar tu soledad ó distraer tu fastidio; la caja de fósforos, que ponía la luz y el veneno á servicio de tu voluntad. Yo he guardado billetes perfumados, que besabas una y mil veces; la cartera en que apuntaste las señas de tus amigos y el número del nicho de tu madre. El original de aquella novela que te pagaron tan bien, y los billetes de banco que te dieron en pago. Tu periódico favorito, tus tarjetas, la carta de negocios, el acta de tu desafío, es decir, tu honra, tu fortuna, tus afecciones, el amor, la familia, todo, absolutamente todo, lo confiabas á mi cuidado, lo llevabas sobre tu pecho.

—¡Basta, por Dios, basta!—exclamé conmovido.

—Y todo eso.....—intentó seguir diciendo la levita.

—He dicho que basta. En vista de las razones expuestas, y de otra poderosísima que me reservo, podeis tranquilizáros. No me compraré traje nuevo.

Y mi sueño, desde entónces, fué tranquilo y apacible.

Dormí con la tranquilidad del justo, y á la mañana siguiente sentí un gran placer en ponerme el traje usado, que se ciñó amorosamente á mi cuerpo.

EDUARDO LOPEZ BAGO.

FE (1).

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda:
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien á Dios tiene,
Nada le falta;
Sólo Dios basta.

(LA SANTA.)

GLOSA.

Si de virtud el celestial tesoro
Guarda tu alma cual guardó la nube
La bienhechora refrescante lluvia,
Nada te turbe.

Es nuestra vida torbellino raudo,
Que nos impele con furioso embate;
Si tus pasiones, sin cesar sujetas,
Nada te espante.

En los halagos que nos muestra el mundo,
El brillo mira de la joya falsa;
Todo lo siega inexorable muerte:
Todo se pasa.

Cambian de lecho los profundos mares:
Altas montañas el volcan derrumba;
Los hombres nacen y otros hombres mueren.....
Dios no se muda.

Las maravillas del poder humano
Son de la mente colosal idea;
Pero el trabajo es imperfecto siempre
Sin la paciencia.

Si la fe pura vacilante miras,
Sano remedio puede hallar tu alma;
Ora y no temas; la piedad sincera
Todo lo alcanza.

El Rey de reyes á nosotros vino
Tan desvalido, que nació entre nieve.....
No necesita del incienso el humo
Quien á Dios tiene.

Es de las aves el espacio inmenso:
El pez encuentra, cuando nace, el agua;
Al pensamiento en la celeste esfera
Nada le falta.

Cual se renuevan las marchitas hojas,
Vuelven al pecho las falaces ansias;
Tranquilo el justo, á su dichoso anhelo
Sólo Dios basta.

CAMELIA COCIÑA DE LLANSÓ.

Tarragona, Octubre de 1882.

Á SANTA TERESA DE JESUS,
CON MOTIVO DE SU TERCER CENTENARIO.

El Angel de aquel siglo.

SONETO.

Pide la fe sus armas á la guerra;
Conviértese el apóstol en guerrero;
La palabra enmudece, habla el acero;
No se predica ya, pero se aterra.

Mira en el cielo la espantada tierra
Al Dios del Sinai, terrible y fiero,
Y es la muerte el castigo más ligero
Que se sabe imponer á aquel que yerra.

Mas ¡ay! entre el fragor de la batalla
Se oye la voz de un ángel peregrino,
Y un punto el odio su furor acalla.

¡Oh fe!—exclama—no es ése tu destino.
Al mundo con que luchas lo avasalla
Sólo un poder: el del amor divino.

CÁNDIDO R. PINILLA.

(1) Premiada en el Certámen de poetisas españolas en honor de Santa Teresa, que acaba de celebrarse en Alba de Tórmes.

LAS ALAS ROTAS.

POEMITA EN PROSA.

A LA SEÑORITA DOÑA FERNANDA AGUILAR.

I.

Mea culpa.

BIEN me conoces, querida Fernanda: bien sabes que no soy vanidosa, sino, por el contrario, demasiado sencilla; y digo demasiado, porque esta misma virtud es mi defecto capital. Lo confieso ingenuamente, Fernanda; yo quisiera algunas veces ser menos buena, con tal de ser más lista para ciertas cosas. Pensando en esto, adivino una contradicción, que me infunde pavor y profunda pena: que para prosperar en el mundo, parece necesario muchas veces dejar de ser bueno y sencillo.

Pero vamos á cuentas, querida Fernanda. Me acusas de reservada para contigo. No sé cómo, hallándonos separadas, has adivinado que me pasaba algo durante los últimos meses: que estaba enamorada. Nada te he escrito que, ni por asomo, pudiera delatar mi secreto. ¡Qué perspicacia la tuya! Todo ha sido como lo presumiste: he andado enamorada, y te lo he ocultado neciamente. Neciamente, sí, porque yo no sé en qué consiste; pero no hay hipocresía más redomada que la de un corazón enamorado. De todo el mundo se tapa, de todos se esconde. Perdóname, mi buena Fernanda. Aunque tarde, ahí va *mon roman*. *Le roman* de tu querida Manuela, y con ella su arrepentimiento, *su mea culpa*. Me pesa mucho, créeme; me pesa en el alma no habértelo contado todo ántes; pues quizá tu talento, tu buen sentido, me hubiesen aconsejado de tal suerte, que hoy fuera yo dichosa en lugar de infeliz. Pero en el pecado he llevado la penitencia.

II.

El.

Ya sabes que el verano último lo pasamos en la Granja. Allí estuvimos bien y divertidos. Un señor amigo de papá, que se dedica á coleccionar mariposas, me regaló un capullito de mariposa, previniéndome que en la primavera de este año, si tenía el cuidado de poner el capullo dentro de una caja, cerrada por un cristal, podría ver salir de su capullo al hermoso insecto. Prometí hacerlo así, y me propuse conservar la mariposita atravesada en un alfiler. Asómbtrate, Fernanda: ántes de venir al mundo ya decretaba yo la muerte de aquel pobre animalito, cuya única culpa consistiría en nacer bello por voluntad de la Naturaleza. ¿Por qué somos tan cruelmente egoístas los racionales?

Mas todo esto no viene al caso. En el viaje de regreso nos unimos en Villalba con mi prima María, que venía también á Madrid con su papá. Traían por compañero de viaje á un joven alto, rubio, distinguido, sencillo y de buen talento, segun pude apreciar desde que le oí discurrir con amenidad y singular discernimiento sobre los diversos motivos que se ofrecieron en la conversacion. María me presentó á él, nombrándole Andres Martin. María lo habia conocido en San Sebastian, de donde venian. Hallé á Andres de semblante dulce y serio á la par, ojos azules de sereno mirar, y barba rubia muy aseada; su vestir, pulcro y elegante; sus maneras, desenvueltas, sin acusar descaro ni llaneza de mala educacion. Pero lo que más me encantó de él fué su espontáneo é ingenioso lenguaje. Para todo tenía un chiste oportunitísimo, observacion juiciosa ú objecion precisa; á todo respondia en el tono más acomodado al caso y á la circunstancia. Con tal interlocutor, no sabes qué agradable fué la conversacion sobre muchas cosas y sobre nada, con la cual entretuvimos las dos horas escasas que empleó la perezosa locomotora en traernos á la Côte.

Después supe por María que el joven Martin era un matemático de nota, que tenía veinticuatro años y que pertenecía á una excelente familia. Comenzaron las veladas en casa de María, y allí empecé á ver, con bastante frecuencia, á Andres.

III.

Yo.

Y comenzaron á operarse en mi singulares é inauditos fenómenos. Me dió por leer novelas en que hubiese amores dulces y poéticos. Me hice cavilosa y pensativa, sin que hubiese cuestion alguna cuya resolucion pendiera de mis meditaciones, pues sobre nada fijo pensaba, siendo el curso más frecuente de mi discurrir la casa de María, las partiditas de tresillo que allí jugábamos, ó las más divertidas de lotería, en las cuales yo solia formar *compañía* con Andres. ¿Qué más te diré, Fernanda? ¡Ah! sí. Que aquel otoño me pareció más poético el Retiro, más melancólico el caer de la hoja, más hermoso el cielo, sobre todo cuando el sol vespertino incendiaba las nubes desde el horizonte; y que en todo mi sér fué extendiéndose, de grado en grado, cierto abandono ó laxitud, de que yo no supe darme cuenta precisa; y que inconscientemente sentí aburrimiento de muchas cosas; y que mi memoria fué haciendo más torpe cada día; y que en mi espíritu se hizo perceptible una volubilidad, una especie de zozobra, no sé el qué, muy nuevo en mí; y que me hice excesivamente impaciente; y que mi sueño era intranquilo, pues extrañas pesadillas me robaban el reposo; y que perdí las ganas de comer; y que me quedaba algunos ratos suspensa y como adormecida, dejando caer sobre la falda la costura, de cuyos paréntesis solia sacarme mi madre preguntándome por qué suspiraba; y, en fin, que todo cuanto me rodeaba fué quedando como olvidado, fué perdiendo atractivo y concentrándose todo mi sér en casa de María, y especialmente en Andres. Así trascurrió el otoño, hasta que una noche....

IV.

La Noche-Buena.

Fué la misma noche del 24 de Diciembre: ¡harto impresa se halla en mi memoria! Comimos en casa de María, y

Andres Martin también comió allí. No sabes qué decidir, qué ingenioso estuvo durante la velada. El animó á todos, él brindó por que cuantos habia presentes celebráran la Noche-Buena del año próximo y las sucesivas durante dilatados tiempos de felicidad.

— ¡Qué contento está V. esta noche, Andres! — le dije. — Oyéndole á V., bien podemos decir que celebramos la Noche-Buena.

— Pues ahí tiene V. lo que son las cosas — contestó; — para mí no sería *noche buena*, si no me encontrara con ustedes.

— Sí, V. es el alegre y quien nos divierte — le repliqué.

— Es que yo me asemejo en este momento á los planetas, cuya luz no es propia, sino reflejada del sol. ¿Me entiende usted? — repuso sonriéndose y mirándome con fijeza.

— Sí — murmuré, ocultando cierta emocion que comenzaba á embargar mi espíritu. Y añadí: — ¿Y puede saberse qué sol irradia sobre V. tanta alegría?

— Unos ojos — contestó en voz callada.

— De mujer — afirmé yo riendo.

— De ángel — me contestó con misterio, y se apartó de mí.

Nada más hablamos de particular durante la noche. Pero busqué sus ojos, y habia en él tal movilidad, tal emocion, charlaba y gesticulaba con tal alboroto, que apenas si me miró. Dirigióse á todo el mundo, y muy especialmente á María, por ser con quien él tenía más confianza.

Y aquella noche, cuando volví á casa, cuando estuve sola en mi cuarto.... ¡Ah, cómo lo recuerdo; qué grabado está en mi memoria! Estaba sentada sobre la cama, inmóvil, repasando cuanto habia ocurrido durante la noche; y como si todo aquello fuera un sueño, del cual despertara, se alzaron dos voces consecutivas del fondo de mi corazón: « ¡Le amo! ¡Me ama! » ¡Cuánto tiempo estuve abstraída en aquella revelacion íntima, dulce y hermosa! ¡ Hermosa como nada de cuanto en la vida me habia parecido hermoso! ¡Qué emocion más suave, más grata, experimentó mi alma! ¡Ay, querida Fernanda, entónces sí que me acordé de tí, y deseé que me hubieras abrazado, y sobre tu seno haber vertido aquellas lágrimas de gozo que vertí sobre la almohada de mi lecho!....

Me acosté, después de dar gracias, por tanta ventura como sentia, á una Virgencita del Pilar que tengo en mi cuarto. Pero yo no sé si lo de aquella noche fué dormir. Aquella elocuencia muda de la imaginacion ¡fantaseaba por sugerencias del sueño, ó estaba yo despierta, escuchándola, en un dulce paréntesis de toda sensacion corpórea? No lo sé. Sólo sé que la Noche-Buena fué muy feliz para mí.

V.

Mi espejo.

Al día siguiente procuré estar sola, encerrada en mi cuarto, el mayor tiempo posible. Recordé cien veces lo pasado; lo bendije; con toda mi alma deseé ver á Andres, y me aventuré por el campo de lo porvenir. ¡Qué feliz porvenir! No sé qué instinto secreto me llevó á recostarme sobre la cómoda y asomarme al espejo. Tú lo sabes: no soy presumida. Me contemplé. Hallé la suave blancura de mi rostro quebrantada por cierta palidez trasparente, como un velo de sombra; hallé no sé qué languidez en mis labios rojos, entreabiertos, sin yo notarlos, para dejar paso á mis frecuentes suspiros; hallé mis azules ojos circuidos de moradas ojeras, llenos de luz, de ardor, relucientes, como si los bañasen abundantes lágrimas y sus pupilas encerráran misterioso fuego. Y observé, además de todo esto, que en mis castaños cabellos habia hebras doradas, que brillaban como la seda, y que mis facciones, menudas y dulces, tenían aún el candor de la infancia.... Entónces me acordé de que Andres me habia llamado ángel. Porque, indudablemente, se habia dirigido á mí. Mis ojos eran los que le habian hechizado y le habian comunicado aquella alegría súbita y espontánea. Era á mí á quien amaba.

Te confesaré, Fernanda, que en el espejo me vi muy bonita. No me envanece de ello, eso no; pero me halagó sobremanera verme enamorada y bonita.

VI.

¡Cruel silencio!

Hasta la noche del día de Año Nuevo no volví á ver á Andres, y cuidado qué fui casi todas las noches. Él, segun supe, habia ido por las tardes. Observé en él algun cambio. No solamente habia perdido aquella alegría y expansion que tanto atractivo le prestara en la noche de Navidad; no sólo estaba serio: estaba triste y taciturno. ¿Qué le pasaba? Yo adiviné que trataba de disimular. Sus apreciaciones festivas eran forzadas, y sin él notarlos caia frecuentemente en profunda meditacion. Sorprendí cierto abandono y languidez en sus posturas y maneras. En el juego estubo distraido y torpe, contra su costumbre. Cuidaba singularmente de esconder los ojos, en los cuales vislumbre algun ardor misterioso, como el que habia en los míos; de manera que en vano busqué y perseguí sus miradas, y las dos ó tres veces que nuestros ojos se encontraron, él interpuso sus párpados bruscamente.

Juzga mis torturas, Fernanda. ¿Qué debia yo pensar? ¿Podia, al ver en él fenómenos tan iguales á los que yo experimentaba, dudar de su amor? Y si era evidente que me amaba, ¿qué detenía á aquel hombre? ¿Por qué no me lo declaraba? ¡Ay, tú sabrás también lo impaciente que es un corazón enamorado!

Y esto ocurrió una, y otra, y otra, y otra, y yo no sé cuántas noches, durante todo el mes de Enero. ¡Siempre aquel hombre silencioso, abrumado por ocultas penas, serio, melancólico, abstraído! Sus visitas á casa de María fueron cada vez menos frecuentes. Disculpó sus ausencias y su estado moral con negocios y atenciones de momento poco divertidas, pero cuya indole calló.

JOSÉ RAMON MÉLIDA.

(Se continuará.)



Paris, 24 de Octubre.

Después de haber dado una idea general de la tendencia de la moda en la estacion en que entramos, me ocuparé hoy de los nuevos trajes y de sus adornos.

Pero ántes de pasar adelante, me asalta una duda: ¿hay en realidad algo nuevo, verdaderamente nuevo, como forma? Tal vez exista esta novedad; pero confieso que hasta ahora no he logrado descubrirla. Existen mezclas de telas que dan un resultado feliz, combinaciones de córtés y matices que componen preciosos vestidos; pero se ha copiado é imitado tanto de las colecciones de grabados de todas las épocas, que es casi imposible el hallar hoy un tipo de vestido absolutamente nuevo.

Sin embargo, hay modistas de un gusto perfecto, que han nacido con el sentimiento de la distincion, y que saben combinar trajes de una elegancia excepcional, tan sencillos como la moda del día lo permite; pero que son lindisimos y embellecen á la que los lleva. En esto consiste, á mi parecer, el talento de esas eminentes artistas, que comprenden que no es todo hacer lo que se llama «un precioso traje», sino un traje que sea como el marco encantador de la que haya de llevarlo.

Dicho esto en contestacion á ciertas preguntas de un carácter general, entraré en el asunto de nuestro programa.

El clima de Paris, y de Francia en general, no permite llevar muchas pieles. Sin embargo, como la piel constituye uno de los más preciosos adornos de los trajes oscuros de invierno, existe la intencion de llevar no pocas pieles como adornos, el invierno entrante, idea que merece toda mi aprobacion. Las pieles, principalmente las oscuras, se asocian perfectamente al terciopelo, al paño y á los brocados, que son precisamente las telas en boga.

Los trajes de paño ó de vigonia irán, pues, guarnecidos de astrakan, pero del legitimo, flexible, sedoso, rizado y brillante. Aconsejo á mis lectoras que no lo compren como no sea en una casa de confianza absoluta, pues no hay nada más fácil de imitar que el astrakan, ni nada más feo que semejantes imitaciones al cabo de algun tiempo. El astrakan se pone en tiras anchas en el borde inferior del vestido, por delante y al rededor, hasta el paño de detras, que termina en un tableado ancho. Un tableadito guarnece el borde inferior, por debajo de la tira de piel. Otra tira más estrecha adorna el borde de la sobrefalda ó túnica. Por supuesto, que estas indicaciones generales cada cual puede modificarlas á su gusto.

Con este género de trajes, que sirve tanto para calle como para recibir, se hacen dos corpiños: uno, alto, de aldetas cortas y chaleco; y el otro, destinado á salir, es una levita larga, ajustada como un corpiño, y cuyos faldones van añadidos y forman unos pliegues huecos por detras, figurando como una falda lisa. El astrakan guarnece el borde inferior, y á veces los dos bordes de delante hasta el cuello, con aplicaciones de pasamanería mate. Se varian estos adornos de mil maneras.

La marta cibelina, la más lujosa de todas las pieles, adornará el terciopelo y el brocado; la chinchilla, con sus preciosos reflejos plateados, irá bien con todas las telas, lo mismo que la piel de nutria, que sigue estando á la moda, como en los años anteriores, y, por último, el skungs natural ó negro abillantado, piel duradera y de buen gusto entre las de precios módicos, y el castor sin rival. No menciono una multitud de caprichosas imitaciones, cuya enumeracion sería interminable.

Otro género de adorno, ménos fuerte que la piel, pero excelente para guarnecer los abrigos de carruaje, las salidas de teatro y los vestidos claros, es la pluma *duvet*, llamada igualmente *duvet marabout*, que no es del todo nuevo, pero que se habia dado al olvido hace algun tiempo. Esta clase de adorno, que sienta muy bien, tiene la ventaja de poder hacerse del color que se quiera, por delicado que sea. Se la dispone en tiras al rededor del corpiño y de los abrigos de *soirée*, como salidas de baile, de teatro, etc. Debo decir que el lujo en este género de abrigos aumenta de una manera fabulosa; no hay tela ni guarnicion bastante cara ni bastante rica para emplearlas en su confeccion.

Los abrigos elegantes, los que se hacen de encargo en las casas de primer órden, suelen ser de *matelassé* de seda, de terciopelo liso, de brocado y terciopelo mezclados, y de terciopelo otomano. Se les adorna más que nunca con profusion de pasamanería, flecos de felpilla ó de felpa cuajada de cuentas, y lazos de terciopelo ó raso. Las formas más usadas son: la pelliza larga, ajustada al talle, la media pelliza, cuando no se quiere cubrir un elegante vestido, y la visita de todas las formas imaginables. Generalmente se forran estos abrigos de felpa listada, sombreada, atigrada ó lisa, de color oscuro ó semiclaro.

V. DE CASTELFIDO.

JUAN LACON.

(CUENTO FANTÁSTICO.)

Invitado por Ernesto Verel, abogado en la villa de Vistanegra, fui á pasar unos días en su compañía, siempre agradable para mí, pues me traia á la memoria los gratos recuerdos de nuestras campañas estudiantiles.

Vistanegra es un poblachon antiquísimo, cuyos orígenes datan de la época romana. Las calles tortuosas de la villa se asemejan á incultas veredas sembradas de guijarros triangulares; las casas, desiguales y grandes, pudieran servir de albergue á un verdadero ejército, y, en general, el as-

pecto de la poblacion es mezquino en demasia. En cambio, sus alrededores son preciosos. La Naturaleza parece que se ha complacido en colocar sobre aquel paraiso un informe monton de escombros, como ruinas gloriosas que quisiera custodiar eternamente para donarlas a las generaciones venideras.

Los paseos ostentan árboles frondosos y flores raras, que jamas han podido soñar los holandeses. La vegetacion es vigorosa, y tan rica, que con seguridad no la hay parecida en ninguna parte de España.

Llegué á Vistanegra, y Ernesto Verel me presentó á un amigo suyo, residente en un pueblecillo inmediato. Llamábase el nuevo huésped Juan Lacon, y era un hombre como de treinta y seis años, alto, pálido, de ojos azules y barba negra. Una sonrisa se dibujaba continuamente en sus labios gruesos, y su conversacion era la de un hombre distinguido y de una ilustracion nada comun.

Los primeros dias hablamos de Madrid, del gran mundo y de otras superfluidades. Juan Lacon, que nunca habia estado en la Corte, conocia sus calles, paseos y teatros como si jamas hubiera salido de ella. Me daba los detalles más minuciosos acerca de los edificios, las plazas y los paseos, y hablaba de todo con un humorismo, que era la envidia de sus oyentes, es decir, de Verel y mia.

La noche que precedió á la en que yo tenia que regresar á Madrid, Ernesto nos convidó á cenar en una casa de campo que poseia en el bosque de la Humosa, magnifica finca de su propiedad.

Acudimos Juan Lacon y yo, y cuando concluimos de cenar, dijo Lacon:

—¡Qué noche tan mala!.... Parece que se han desencadenado sobre este bosque todos los elementos del infierno.

Yo alcé la cabeza con cierta inquietud. Las últimas frases de Juan me produjeron un estremecimiento de terror.

En aquel momento, un igneo relámpago, seguido de un trueno prolongado, pegó la lengua á nuestro paladar, y no pudimos pronunciar ni una sola palabra. La lluvia azotaba fuertemente los cristales de las ventanas, y el viento silbaba iracundo entre los árboles del bosque, cuyas ramas se agitaban, produciendo un ruido seco, como el choque de huesos al ser arrojados á una fosa insondable.

—En noches como ésta tengo miedo de atravesar el bosque de la Humosa—añadió Juan Lacon.

—¿Miedo tú?—interrogó Verel.—Yo creí que tú no conocias el miedo.

—Le conozco, por mi desgracia. No se rian ustedes; hablo con franqueza.

Juan, al decir esto, habia cambiado de fisonomia, y el mismo terror que ántes nos embargaba á Verel y á mi se habia apoderado de Lacon.

Esté repuso al notar la incredulidad de Ernesto:

—Es toda una historia, historia horrible, que me persigue sin cesar.

—¿Se puede saber, si no es indiscrecion?—pregunté á mi vez con curiosidad.

—Sí, señor; pero les suplico la mayor reserva.

Le dimos las más completas seguridades, y Juan Lacon comenzó su relato de la manera siguiente:

«Mi padre, ó por mejor decir, el anciano que me adoptó cuando murieron los autores de mis dias dejándome en la mayor miseria, fué para mí una segunda providencia. Cariñoso y afable conmigo, dióme una educacion esmerada en union de sus hijos Mariano y José, á quienes yo amaba como verdaderos hermanos. Pero, como no es posible en el mundo una dicha perfecta, yo carecia de ella, pues que no veia en mi padre el mismo cariño hácia mí que hácia sus hijos, cosa muy natural, si se tiene en cuenta que yo no era de la sangre de los Berlangas.

«Un dia estaba yo en la feria de la próxima villa, y entre las casetas de madera y lienzo que allí habian construido para exhibir panoramas y seres originales, encontrábase una en cuya puerta un hombre, con un organillo, decia á voz en grito:

«¡Quién quiere ver *La Muerte de Jesús!*....
«*¡El Matrimonio de la reina Blanca!*.... ¡*El Parricidio!*.... ¡*La gran ciudad de Lón-dres!*.... ¡*Las ruinas de Pompeya y La Cata-rata del Niágara!*.... ¡Sólo por un real!....»

«Acto seguido me determiné á ver tantas cosas por tan poco dinero, y entré en el bar-racon.

«Todas me agradaron extraordinariamente; pero la vista que más me llamó la atencion fué la que representaba el *Parricidio*.»

Para narrar mejor su cuento, Juan habiase puesto en pié y colocado cerca de la ventana que daba al bosque de la Humosa.

«El lienzo—prosiguió Juan—era exactamente igual á esta parte que se descubre desde la ventana. ¡Hermoso espectáculo, á fe mia!»

Ernesto y yo nos levantamos para contemplar el paisaje que Lacon nos señalaba, alumbrado de vez en cuando por la ignea luz de los áureos relámpagos, que rasgaban la negrura de las capas atmosféricas.

«¡Allí!.... ¡Junto á aquel árbol corpulento!....», exclamó Juan con exaltacion.

Después, reponiéndose,

«Quiero decir—continuó—que en una plazuela idéntica á esa que desde aquí se domina, y junto á un árbol muy semejante á ese corpulento que extiende majestuosamente

su ramaje formando una tupida bóveda, velase en el lienzo del panorama á un anciano arrodillado en el duro suelo y muy cerca un jóven, su hijo, que asia al viejo por el cuello y hundia en su corazon un agudo puñal.»

—¡Qué horror!—exclamé.

«La roja sangre—prosiguió Lacon—manaba abundante de la ancha y profunda herida; el parricida miraba al rostro del autor de sus dias, y una sonrisa satánica iluminaba su rostro con siniestros resplandores.

«Aquel cuadro produjo en mí un efecto terrible, una sensacion tan extremadamente dolorosa, que quedó como estereotipado en mi imaginacion con todos sus detalles. El hijo maldito atravesando el corazon del padre, que yacia arrodillado á sus plantas; la espesa bóveda de hiedra que ocultaba el crimen á los ojos del cielo; la calma de la tarde; los casi moribundos rayos del sol filtrándose por entre las hojas, como hilos de oro, todo, todo estaba grabado en mi alma de una manera indeleble.

«En sueños me perseguia aquella escena sangrienta, y mi viva imaginacion revestida de nuevos detalles, que agravaban su imponente majestad. Aquello era horrible; el descanso no acudia á reparar las agotadas fuerzas de la materia cansada y del espíritu inquieto y batallador.

«En una ocasion regresaba yo de Vistanegra. La noche era bellisima, y para iluminar mi camino, parecia que Dios habia colocado en el estrellado y cerúleo firmamento la luna pálida, cual lámpara de plata pendiente del espacio infinito.

«Para llegar al pueblo donde resido, tenia, por precision, que atravesar este bosque por el camino que lo divide en dos partes iguales.

«El terror que me dominaba en ciertas ocasiones se apoderó de mí en aquellos momentos; mi cerebro ardia como si estuviese exaltado por la calentura, y mis pasos eran torpes, vacilantes, inciertos.

«Al llegar á la plazuela del bosque, retrocedí un paso. Cerca del árbol corpulento estaba arrodillado el anciano Berlanga, mi padre adoptivo, y junto á él, un hombre que le asia por el cuello y hundia un afilado puñal en el pecho, de donde brotaba un torrente de sangre roja y humeante.

«Pero ¿sabeis quién era el asesino?.... Su hijo adoptivo, yo, Juan Lacon.»

—¡Qué horror!....

«Sí; yo, que me sonreia de un modo satánico; yo, que miraba al viejo cara á cara para gozar en su mortalagonia; yo, el miserable; yo, el parricida.

«Cerré los ojos para no ver aquella escena, y sin embargo, se me representaba más brillante, señalada con líneas rojas delante de las inquietas pupilas, en la misma forma que el cuadro del panorama de Vistanegra.

«Ignoro el tiempo que permanecí en aquel lugar; sólo puedo decir que llegué á casa y me arrojé vestido sobre el lecho; pero el sueño mostróse rebelde á mis deseos, martirizándome el insomnio hasta que rompieron los cristales los dorados rayos del sol, que se alzaba majestuoso en el horizonte, saludado por los armoniosos arpegios de las aves.

«Tal es la historia que tanto me hace padecer....—terminó Lacon.—De nuevo les recomiendo, el más profundo secreto para esta.... novela, que forjó mi imaginacion calenturienta en un momento de debilidad.»

Ernesto y yo lo juramos.

La tempestad habia desaparecido, y la luna se destacaba en el azulado cielo, iluminando tristemente el paisaje.

Juan Lacon, pálido y agitado, miraba con terror la plazuela del bosque, alumbrada melancólicamente por los plateados rayos de la luna.

Al siguiente dia me despedí de mis amigos y regresé á Madrid, pensando en la historia que nos habia referido Juan Lacon.

Cuatro dias despues me escribió Ernesto Verel, el abogado de Vistanegra, dándome cuenta del fallecimiento de Juan, á causa de un ataque cerebral, segun certificó el médico de aquella villa.

Yo me rei del doctor de Vistanegra.

R. HERNANDEZ Y BERMUDEZ.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.696 ^o.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras á la edicion de lujo.)

Traje de calle. Vestido de terciopelo negro y lana gris lisa y brochada. El corpiño, que es de terciopelo negro, forma punta por delante, y postillon cuadrado por detras. El cuello recto y las carteras de las mangas son de raso bordado del mismo color de la falda. La sobrefalda se compone de dos *paniers* de lana brochada, recogidos en los costados, con hebillas, y por detras. La falda, ahuecada en su parte superior, va guarnecida de volantes fruncidos de tela de lana, separados con volantes tableados de terciopelo.

Bata de cachemir verde bronce y encaje crema. El corte de esta elegante bata es el de un vestido princesa con cola. Va adornada de un cuello-esclavina de terciopelo del mismo color, rodeado de un volante de encaje, que forma una guarnicion por delante de la bata. Bolsillo escarcela de terciopelo, con rizado de encaje en la abertura. El borde inferior de la bata va guarnecido de un tableado ancho de terciopelo, con cabeza forrada de raso color de rosa. Lazos de raso color de rosa en el cuello, en el bolsillo y por delante.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Son de una alta importancia en las modas actuales el corsé y la *tournure*, porque es indispensable que uno y otra se amolden al estilo de la *toilette* que se lleva. El corsé, ya sea *Sultana* ó *Covaza*, debe proceder de la casa de Plument (33, rue Vivienne, Paris), que es el gran centro de todos los corsés, de todas las enaguas y de todas las *tournures*. Saber elegir estos artículos, permaneciendo en los límites del buen gusto, es todo un estudio artistico: hay *tournures* de tal modo prominentes y exageradas, que se diria un elegante taburete sobre el cual se puede sentar la que las lleva. Los *paniers* y los *pouf-tournures* tienen el privilegio de adelgazar el talle, por lo que la mayoría de esos cuerpecitos de abeja que se ven provienen de la exageracion de las caderas. Una señora un poco gruesa, por más que haga, parecerá más gruesa todavia si adopta una *tournure* voluminosa.

Los artistas que en la casa de Plument están encargados de la confeccion de los corsés *Sultana* ó *Covaza* poseen un tacto especial para arreglar las proporciones de la *tournure* á la dimension del talle y á la amplitud de las caderas.

La PERFUMERÍA ESPECIAL Á LA LACTEINA, recomendada por las notabilidades medicas de Paris, ha valido, en la Exposicion Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d'Enghien, en Paris, las más altas recompensas: la Cruz de la Legion, la Medalla de Honor y de Oro.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M^{mes} de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

PARA DESTRUIR EL VELLO DE LA CARA ó de los brazos, emplead los DEPILATORIOS DUS-SER, cuya eficacia está garantida por cincuenta años de éxito.—En Madrid, en casa de Melchor Garcia, y en todas las perfumerias principales.

ADVERTENCIA.

Las Sras. Suscriptoras á la primera edicion de lujo recibirán con el presente número una plancha especial en relieve, para trabajos al *crochet*, susceptibles de diversas aplicaciones. Las rosas y cenefas de los dos dibujos más anchos se hacen sueltas y se van uniendo por medio de cadenetas, al gusto de cada cual. Estos trabajos son del mejor gusto y forman una especie de imitacion del encaje inglés.

VINAGRE DE TOCADOR

DE

JEAN-VINCENT BULLY

67, calle Montorgueil, en Paris

MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES

PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputacion universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distincion y suavidad de su perfume, sino tambien á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, ademas, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO



VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fabrica Lorilleux y C.^a (16, rue Suger, Paris).



Nº 361

Paris Aug^o Rochaux & C^o Imp^o Système Guy, H^o S. G. D. G.

Nº 1696^d

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12. pral

M A D R I D

Perfumeria de Niño, Guorbain. 15. r. de la Paix. Paris.

Faja Regente 18^o y Corsé Ana de Austria de Mme de Vertus. 12. r. Faber. Paris.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA